

Te acompaña tu Dios y cuando fueres    A una leve señal de su semblante  
 La blanda Madre del Ungido Eterno,    Naturaleza dócil obedece,  
 Han de llamarte con afecto tierno    Desde la flor que en el decierto crece  
 La Bendita entre todas las mugeres,    Hasta ese sol magnífico y brillante.

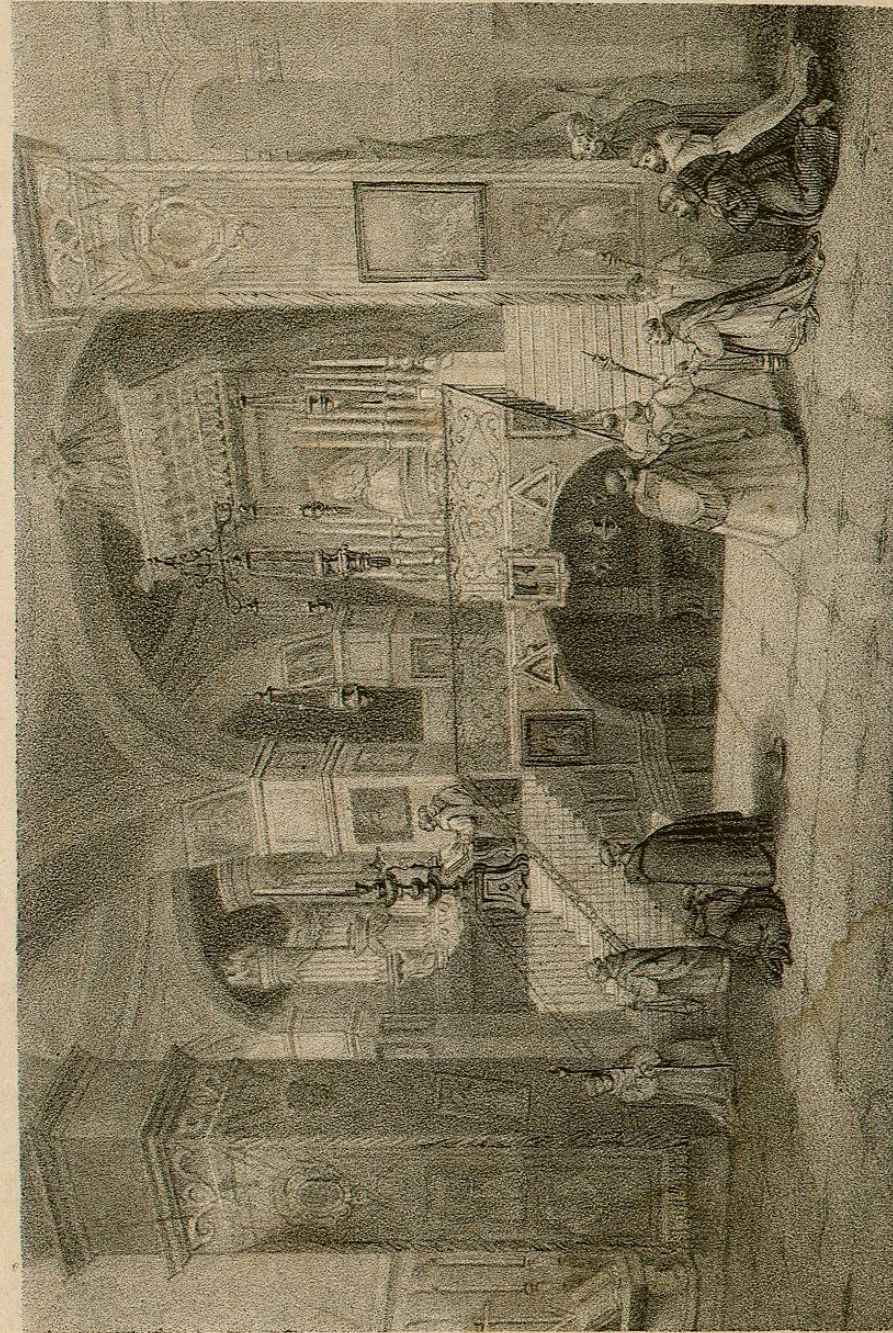
Tu Hijo el Criador ha de ocupar un    Los ojos baja á esta sazón la hebrea  
 Y regirá su cetro á las naciones,    [solio] Los grandes ojos que en el suelo clava  
 Y flotarán triunfantes sus pendones    Y hé aquí esclamo de mi Señor la esclava  
 Encina del soberbio Capitolio.    En mi cumplida tu palabra sea.

Pasarán esta tierra y estos mares    Oyóla el ángel y admirado ante ella  
 Podrá venirse abajo el firmamento,    Quédase un rato inmóvil como roca  
 Pero ese rey en su inmutable asiento    Despues con humildad pone la boca  
 Verá pasar los siglos á millares.    En el polvo que pisa la Doncella.

¿Cómo ser madre dijole María    Dejando el Verbo entónces junto al Padre  
 Si me conservo en virginal pureza?    Su rayo, su relámpago y su trueno,  
 Gabriel entónces con gentil viveza    Baja y encarna en el modesto seno  
 A la hermosa israelita le decia:    De aquella Virgen que escogió por Madre.

Nada es difícil al poder divino    Angeles mil y mil pasmados se hallan  
 Del Altísimo el brazo Omnipotente    En el cielo con tantas maravillas  
 Pone barreras á la mar hirviente    Cierran las alas, doblan las rodillas,  
 Y lanza el rayo y suelta el torbellino    Baján los rostros y postrados callan.

La iglesia de Nazareth está situada, comprendiendo en su recinto el lugar donde estaba la casa de la Santísima Virgen María, cuando recibió al Arcángel Gabriel, y se verificó el misterio de la Encarnación del Verbo divino: es una Iglesia de tres naves, bastante regular en su arquitectura. El altar mayor y el coro para los oficios de los padres, está sobre un sotabanco de cosa de dos varas de elevación, y bajo de él está el lugar donde se hallaba la casa de la Anunciación, cosa de una vara mas bajo que el pavimento de la iglesia. Se descende por unos escalones de mármol, á un recinto como de cinco varas en cuadro donde se halla un altar, y debajo está una lápida de mármol con esta inscripción: «Hic Verbum caro factum est.» «Aquí encarnó el Verbo divino.» Al lado de la epístola se



IGLESIA DE LA ANUNCIACION



encuentra una puertecita, que conduce á unas grutas talladas en la roca viva; y que la tradicion dice estaban anexas á la casa de la Santísima Virgen, sirviendo acaso de cocina, establo para béstias etc., como se acostumbra hoy todavía en toda la Palestina, donde el uso de semejantes grutas para oficinas de las casas, está muy generalizado. En el recinto donde está el altar habia antiguamente una columna, marcando el lugar donde estuvo el Arcángel Gabriel: esta columna, en una de tantas persecuciones, fué destruida y hoy solo existe la mitad, sin base y pendiente del techo. La primera Iglesia fué edificada por Santa Elena, madre del Emperador Constantino, que la puso bajo el cuidado del obispo católico, y ha permanecido hasta hoy, sin que los cismáticos tengan alguna propiedad ó derecho en ella. Sirve de parroquia á los fieles de Nazareth, que son como un tercio de la poblacion de la ciudad.

Cerca de la iglesia de la Anunciacion, al lado norte, se halla una capilla pequeña recién edificada, en el lugar donde la tradicion coloca el taller de carpintería de Sr. San José. La capilla está hoy muy aseada, con un bello altar de mármol, regalado por una familia napolitana. Hay un buen cuadro al óleo, representando una de las escenas que allí pasaron: es decir Sr. San José trabajando, y el niño Dios ayudándole. ¡Qué recuerdos tan gratos excita este lugar! ¡Qué perfume tan agradable se aspira al contemplar la humilde, misteriosa y al mismo tiempo sublime vida privada de nuestro Salvador! Al norte tambien de la Iglesia principal, se haya el lugar donde estuvo la Sinagoga, en que nuestro Señor Jesucristo habló muchos veces á sus compatriotas, y en que pasó aquel tumulto, que refiere el Evangelio cuando quisieron precipitarlo desde una altura. Hé aquí el pasage del Evangelio de San Lucas: (1) «Habiendo ido á Nazareth, donde se habia criado, entró segun su costumbre, el dia de sábado en la Sinagoga, y se levantó para encargarse de la leyenda ó interpretacion. Fuele dado el libro del Profeta Isaías. Y abriéndole, halló el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción divi-

(1) Cap. IV, vs. del 16 al 30.



na, y me ha enviado á evangelizar, ó dar buenas nuevas á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos, á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos, á promulgar el año de las misericordias del Señor ó del jubileo, y el día de la retribucion. Y arrollado ó cerrado el libro, entregóselo al ministro, y sentóse. Todos en la Sinagoga tenían fijos en él los ojos. Su discurso lo comenzó diciendo: «La escritura que acabais de oír, hoy se ha cumplido.» Y todos le daban elogios, y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios, y decían: «¿no este el hijo de Josef el carpintero?» «El les dijo: Sin duda que me aplicareis aquel refrán: Médico, cúrate á tí mismo: todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Capharnaum, házlas aquí en tu patria.» Mas añadió luego: «En verdad os digo, que ningún Profeta es bien recibido en su Patria. Por cierto os digo que muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, siendo muy grande el hambre por toda la tierra; y á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino que lo fué á una mujer viuda de Sarepta, ciudad gentil del territorio de Sidon. Habia asimismo muchos leprosos en Israel, en tiempo del Profeta Eliseo; y ninguno de ellos fué curado por este Profeta, sino que lo fué Naaman natural de Siria.» Al oír estas palabras todos en la Sinagoga montaron en cólera: y levantándose alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad; y condujéronle hasta la cima del monte, sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Pero Jesus; pasando por medio de ellos, iba en camino ó se iba retirando.» Este tumulto descrito por el Evangelio, se verificó en esta Sinagoga. Hoy está este lugar en poder de los armenios católicos, que tienen allí una escuela, y sirve también de capilla, donde está el depósito del Santísimo Sacramento, en una pobreza y desaseo sumo, cometiendo mil irreverencias, por estar allí mismo los niños de la escuela. Despues fuimos á la orilla poniente-norte de la ciudad, donde hay una buena capilla, que se está concluyendo ahora. Esta capilla abarca en su recinto y bajo la bonita cúpula que la corona, una gran piedra circular de cosa de dos varas de diámetro, sobre una de elevacion; piedra muy venerada por la antigüedad, con el

nombre de «*Mensa Christi*» mesa de Cristo: porque la tradicion dice, que el Salvador la santificó, comiendo algunas veces en ella con sus Apóstoles. La capilla la fabrican los padres franciscanos, y un lego es el arquitecto que la ha levantado.

Por la tarde guiándonos nuestro buen amigo el padre Tomás de los Dolores, emprendimos ir á conocer el lugar donde los nazarenos quisieron precipitar á nuestro Señor Jesucristo, como lo dice el pasaje del Evangelio que acabo de transcribir. Hállase este lugar como á media legua distante de Nazareth, rumbo sur-oeste. Se pasa primero un pequeño valle, y luego se entra á una cañada que va á desembocar al gran campo de Esdremon. En la cima de la montaña, á la derecha de esta desembocadura, está el precipicio horrible donde intentaban despeñar al Salvador. El camino es tan malo, que seguramente habríamos desistido del intento, si el padre Tomás no nos hubiera animado á continuar. Habia trechos donde era preciso andar con pies y manos, para evitar una caída. El aspecto de todos aquellos sitios infunde pavor: no se ven mas que montañas áridas, rocas descarnadas que coronan aquellos precipicios, formando figuras amenazantes y fantásticas. A todo esto se agrega la memoria del atentado que los nazarenos ingratos quisieron cometer allí, el silencio solemne que reina en este lugar, y por último, las sombras de la noche que ya empezaban á extenderse á nuestro rededor; pues tuvimos que volvernos, atendidos solamente á la luna. Hay en este precipicio unas ruinas, que indican el lugar donde estuvo una pequeña capilla ó ermita, consagrada á perpetuar la memoria del hecho acontecido en este sitio. El precipicio es de una altura como de cincuenta varas: las rocas parecen tajadas con cuchillo, enteramente á plomo: y desde allí se vé al pié de la montaña extenderse la gran llanura de Esdremon. Nos volvimos pues á Nazareth, en la noche, y llegamos al convento á las ocho.

Sábado primero de Noviembre, dije misa en la capilla del taller de Señor San José, y despues asistí á la misa solemne, que por ser sábado se cantó en la iglesia de la Anunciacion. Aquí hay también niños de la escuela que offician la misa, acompañados de un buen órgano. Muy notable es la devocion, gravedad y compostura



que observan los padres en sus oficios: lo cual unido á los recuerdos que excitan aquellos sitios, hace una impresion doblemente agradable y profunda. Asistió mucho pueblo á la misa: pueblo muy pobre, pero devoto; y el ser un pueblo compuesto de compatriotas y paisanos de nuestro divino Salvador y la Santísima Virgen María, lo realza y hace apreciable á los ojos de un cristiano. No podia yo ver á ningun niño ó niña sin hacerle mil cariños, y recomendarles muy encarecidamente, que amaran con todo su corazon, á sus paisanos nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen. El aspecto de las gentes del pueblo no es repugnante; las mugeres usan calzado con zuela de palo, sujeto únicamente por delante sin nada de talonera, el tocado es semejante al de las mugeres de Bethlehem.

Hay en Nazareth un establecimiento de enseñanza para las niñas, dirigido por las Hermanas de Señor San José, lo mismo que aquellas de que hablé cuando referí lo que me pasó en Jerusalem. Estas Hermanas son francesas y tienen un colegio y una escuela pública, que deberá producir muy buenos resultados con el tiempo. Fuimos á hacerles una visita, y nos recibieron con mucha aencion: nos dieron el refresco de costumbre: nos presentaron á cosa de veinte niñas que están en el colegio, quienes besaron la mano del Señor Arzobispo, y recibieron la bendicion de S. Illma. No me cansaré de elogiar el celo y heroismo de estas señoras, que se dedican con tan laudable empeño, á la instruccion de estos pueblos tan bruscos y salvajes. ¡Dios nuestro Señor las ha de bendecir y proteger en una obra tan agradable á su divina Magestad! Carpio dedica una bellissima poesia, al nacimiento de la Santísima Virgen María, y ningun lugar mas apropósito para leerla que Nazareth; oigámosla, dice así:

## EL NACIMIENTO DE LA VIRGEN.

Nació una niña en la infeliz Judea,  
Niña preciosa y se llamó María;  
Era mas bella que un boton de rosa  
Mojado en la lluvia matutina.

El Hijo del Señor bajó del cielo.  
Y abrazó á su criatura la mas linda,  
Y un ósculo filial le dió en la boca  
A la que madre suya al fin seria.

Ojos azules de color de cielo,  
Rojos los labios cual purpúrea tinta,  
Y blanca y tierna, y de cabellos blondos,  
Y amable como simple cervatilla.

Y tuvo compasion de la inocente  
Al contemplar que en borrascosos dias,  
Agolpadas congojas á congojas,  
Su blando corazon desgarrarian.

¡Qué distantes estaban las romanas,  
Las romanas magnificas y altivas,  
De pensar que en un pueblo del imperio  
Pobre su emperatriz nacido habia!

Y escuchaba los lánguidos gemidos  
Que en la infeliz Jerusalem daria,  
Y miraba sus lágrimas amargas  
Rodando por sus pálidas megillas.

¡Ni cómo Octavio y su estruendosa corte  
Entre tantas victorias y conquistas,  
Crejera que viviese ya la madre  
Del hombre que su gloria eclipsaria?

Y al pensar en escenas tan terribles  
A los abrazos otra vez volvia,  
Y á su futura Madre con ternura  
El Hijo de Dios llenaba de caricias.

El Dios de las sonoras tempestades  
A su hija hermosa complacido mira,  
Y hace callar el huracan y el trueno  
Porque no asusten á su tierna niña.

¡Dichosa, muy dichosa, Hija del cielo!  
Tú que fuiste sin crimen concebida,  
Tú vales mas que el querubin radiante,  
Y formas de tu Padre las delicias.

Un ángel colocó junto á su cuna,  
Fuerte espada colgábale en la cinta,  
Para que á la inocencia defendiera  
Contra el rencor de la serpiente antigua.

Tú ruegas por los hombres delincuentes  
Si ves de Dios la cólera encendida,  
Y alzas juntas las manos suplicantes,  
Y el rayo apagas en su diestra misma.

Llenó de gracia y dones inmortales  
El alma encantadora de María,  
Alma mas pura que la blanca luna,  
Mas pura que la estrella vespertina.

Tú que sabes de angustias y de llantos,  
Eres con tus hermanos compasiva,  
Y llena de ternura blandamente,  
Su amargo lloro con tu mano limpias.

Dános, pues, de piedad una mirada:

Todo amenaza mortandad y ruina;

Tú que sabes de angustias y de llantos,

De tantos males á tus hijos libra.